

# PAIN 2018

## Programa de apoyo a la iniciación en la investigación

### TÍTULO DE LA INVESTIGACIÓN (\*):

Prácticas y percepciones alrededor de los residuos sólidos y su manipulación en la localidad San Cristóbal del distrito de Trompeteros, en Loreto.

### AUTORA:

Figuroa Muro, Leonel Arturo

### FACULTAD - ESPECIALIDAD:

Ciencias Sociales – Antropología

### DOCENTE ORIENTADOR:

Portocarrero Gutiérrez, Julio César

### AÑO (\*\*):

2019

(\*) El título original del proyecto fue: Manipulación de residuos sólidos peligrosos en población Achuar en la localidad San Cristóbal del distrito de Trompeteros, Loreto: Percepciones sobre riesgo y estrategias de reaprovechamiento.

(\*\*) Año de finalización de la investigación

# Prácticas y percepciones alrededor de los residuos sólidos y su manipulación en la localidad San Cristóbal del distrito de Trompeteros, en Loreto.

Leonel Figueroa

## RESUMEN

El siguiente artículo representa un esfuerzo antropológico de explorar la dimensión no-material de nuestros residuos sólidos, esto es, los significados y prácticas alrededor de lo que desechamos. Con esto en mente, se intentará dar una descripción general del panorama de la basura en la localidad San Cristóbal, del distrito Trompeteros, Loreto, teniendo en cuenta la caracterización de la basura, las prácticas de manipulación, y las percepciones y narrativas alrededor de ella. Muchos científicos sociales argumentan que la basura puede ser un reflejo de la humanidad y que nos puede decir mucho sobre nosotros mismos; por lo que en este trabajo el estudio de nuestros desechos tendrá por objetivo el de entender ¿De qué manera percibimos nuestros residuos? ¿Como determinan la manera en que nos relacionamos con ellos? y ¿Cuál es su rol en la situación de la basura en la localidad San Cristóbal?

## PALABRAS CLAVES

*Desechos, Basura, Antropología, Amazonía.*

## INTRODUCCIÓN A LA PROBLEMÁTICA:

A lo largo de la historia de la humanidad ha habido una enorme serie de invenciones que determinaron nuestras vidas y nuestro futuro; entre estas, y quizás una de la más importantes, tenemos a la basura (Hallu, 2012). En los últimos años, debido a una agudización de la preocupación por el medio ambiente, la aceleración en las tendencias de consumo, el crecimiento poblacional y el desarrollo explosivo de la industrialización (Luna, 2003), el tema de la basura se ha vuelto una problemática cada vez más discutida. Esta discusión, sin embargo, reduce la basura muchas veces a los grandes centros urbanos debido a su alta densidad en estos contextos. La basura, aunque altamente concentrada en las ciudades, no es una problemática intrínsecamente urbana, sino que plantea los mismos desafíos generales y otros más específicos en otras realidades como la amazónica. Esto se deba probablemente a que, tanto en los planes nacionales (Ley N° 27314) (Ley N° 1278) como en la producción académica (Kennedy, 2007), (Rathje y Murphy, 1992) (Lynch y Southworth, 2005), (Scanlan, 2005) (Fallin, 2010) se ha entendido a la basura como una problemática casi exclusivamente de las grandes urbes, sesgo que invisibiliza la realidad de la basura fuera de estos espacios.

La explicación de esto, recae en la relación que distintos autores han señalado entre urbanización y la basura como problema (Onibokun, 1999) (Kennedy, 2007) (Durand, 2015). Los fuertes movimientos sociales que aquí y en muchas partes del mundo desataron grandes procesos de urbanización produjeron fuertes concentraciones humanas en las grandes ciudades, implicando un crecimiento orgánico no planificado de la ciudad lo que introdujo nuevos retos y preocupaciones para la gestión urbana (Soliz, 2005) (Durand, 2015). Uno de estos nuevos retos fué precisamente responder al nuevo y creciente volumen y distribución de los residuos urbanos, sobretudo para los gobiernos tercermundistas con una institucionalidad y capacidad reducida. Antes de que estos fenómenos se dieran, la basura era asumida como un problema presente en todos lados, la basura no era ni una plaga, ni una exclusivamente urbana. Después de estas movilizaciones masivas a los centros urbanos, la nueva magnitud y concentración en su generación y su nueva visibilidad en las calles de una ciudad incapaz de asimilar rápida y efectivamente a las nuevas gentes, se declara el matrimonio entre el problema de la basura y la gran ciudad en el imaginario social.

Por otro lado, al hablar de la basura como problemática, no solo se la reduce como un fenómeno urbano sino que también se la reduce casi siempre a su composición material. Esto la posiciona en el campo de la gestión pública y de ingenierías aplicadas, pero ignora que la fisicalidad de la basura es solo una dimensión del problema. Ambas reducciones, como fenómeno urbano y material, constituyen el sentido común en la discusión científica alrededor de la basura, que es incluso reproducido sutilmente por sub-disciplinas como la Basurología (Rathje y Murphy, 1992), un esfuerzo arqueológico de una sociología de los desechos, que de manera general: 1. Se interesa más por la basura en sí, que por las personas, significados y relaciones sociales que se generan a partir de ella; y 2. Se centra demasiado en sujetos consumidores de una clase media urbana, descuidando otras realidades como el de las personas que trabajan en/con la basura o personas indígena en contextos rurales o amazónicos.

Su casi recién nacida sub disciplina, la Basurología Social (Fallin, 2010), no se ha pronunciado directamente sobre estos temas, pero sí presta más atención a la dimensión de las relaciones, significados, actitudes y comportamientos sociales hacia la basura. A pesar de este renovado esfuerzo, aún es necesario seguir profundizando en una perspectiva centrada en las personas, los significados que imprimen y las relaciones sociales que despliegan alrededor de la basura. Sobre este aspecto la antropología tiene mucho por contribuir y este trabajo espera precisamente eso, ser un aporte desde la antropología al estudio de la basura. Esta propuesta busca ser una respuesta a una necesidad por un análisis que vaya más allá de la materialidad de la basura (sin negarla); que se asome a las distintas dimensiones sociales, simbólicas, semánticas y relacionales que la atraviesan en su generación, manipulación y disposición; y que posea una visión amplia de la basura, una que no la reduzca sencillamente a un síntoma de las grandes ciudades.

#### HACIA UN MARCO TEÓRICO PARA UNA ANTROPOLOGÍA DE LA BASURA:

Los residuos sólidos, desechos o basura han estado gran tiempo fuera del escrutinio académico, sin embargo, en recientes años, el aumento de la cantidad y la toxicidad de nuestros desechos nos permiten más dejar desatendido el tema de la basura, su generación y su gestión. Para la psicóloga social Gabriela Luna (2003), el interés por la basura responde a la urgencia que hay por resolver el problema de su exceso y las dificultades para su eliminación. Según la autora el

estudio de la basura es el estudio de nosotros mismos y la manera en que nos relacionamos con nuestro medio ambiente: “[...] porque si bien, somos lo que consumimos, también somos lo que tiramos” (Luna, 2003: 6). El estudio de la basura para Luna es una aproximación a lo que una determinada sociedad en un momento histórico específico entiende por valor: aquello que desecharnos, es aquello que ha dejado de tener un valor para nosotros. Como la autora reconoce, los objetos que las personas valoran son resultado de una construcción social, en un momento y lugar específico, y por eso mismo, aquello que desecharnos, responderá siempre a dicho contexto.

Aunque con diferentes matices en sus significados, de manera general, podemos entender como residuo, desecho o basura a aquel material no deseado que, ya sea por el deterioro, la degeneración, descomposición, degradación o contaminación, es desechado y apartado del espacio inmediato al individuo. Aunque pueden existir matices en el significado de cada uno, en este artículo serán utilizados para referirse a lo mismo, algo que se dejó atrás. Sin embargo, más importante que preguntarnos ¿Qué es la basura? deberíamos pensar ¿para quién es basura? Lo que la basura es, no sólo respondería a una sociedad en un tiempo y un espacio particular; sino que incluso dentro de una misma sociedad, lo que es basura para algunos, podría no serlo para otros. Los objetos en tanto que materialidad pueden parecer inamovibles, pero al estar inscritos en relaciones sociales, poseen lo que Appadurai (1986) denomina como una vida social de las cosas, una vida de posibilidades diversas, si es que no infinitas.

Desde el momento en que son concebidos por la producción, a los objetos se les traza una *ruta*, se les asigna una función, un propósito; una vez alcanzado o incapacitado para continuar, el bien es despojado de su valor y convertido en basura “(...) the commodity stripped of its ‘aura.’” (Kantaris, 2016). Sin embargo, Appadurai (1986) muy bien señala que, en el momento del consumo, lo que las “rutas” señalan no son determinantes absolutos del uso real que las personas pueden darle, es decir, los sujetos pueden trazar otras rutas. A estos otros usos que los actores pueden darles a los objetos Appadurai los denomina *desviaciones*, y no solo determinan que un objeto pensado para cumplir una función termine siendo utilizado para cumplir otra totalmente distinta; sino que también implica que un objeto, despojado de valor para su dueño, sea descartado como basura, pero rescatado por otra persona que le encuentra un valor.

Al pensar en las desviaciones de Appadurai nos damos cuenta de la categoría de basura como flexible y relativa: "No hay suciedad absoluta: existe sólo en el ojo del espectador." (Douglas, 1973: 14); por lo tanto, la basura de algunos puede ser el tesoro de otros. Esta concepción de la basura está presente en las distintas prácticas de re-aprovechamiento que hacen de la basura un punto de partida para nuevas rutas de valor, sea como materia prima (reciclaje), solo parte del objeto (recuperación) o todo el objeto (re-utilización). Es importante reconocer que los residuos sólidos han recibido muchas definiciones teórico/operativas en distintos contextos y por diferentes disciplinas, lo que evidencia que aquello que se percibe como basura no ha sido, es, ni será, estático y mucho menos universal (Zimring & Rathje, 2012). Toda concepción sobre la basura debe reconocer que el arquetipo "valor" / "no valor" (y todos sus derivados: limpio/sucio, sagrado/profano, puro/impuro, etc.) no se trata de una dicotomía mutuamente excluyente, sino que el proceso a través del cual un objeto se convierte en residuo no es 1. de destrucción, como el sentido común puede sugerir. Este proceso es más uno de transformación, el bien no deja de existir, pasa a existir en un plano distinto, deja de ser lo que era y se convierte en "basura".

Muy lejos de ser simplemente el cadáver o vestigio de un bien, este nuevo estado, no es el fin "definitivo" del valor, sino que, como mencionamos arriba, puede ser el punto de partida para nuevas rutas. Por lo tanto, el proceso en el que un objeto se vuelve desecho tampoco es 2. Unidireccional. El proceso no solo va del primer campo "valor" hacia el segundo campo "no valor", sino que desde este existe también un movimiento hacia el primero. Ejemplo de esto tenemos el reciclaje de materiales como papel, cartón, vidrio; la re-utilización de libros, juguetes y ropa, y la recuperación de partes de electrodomésticos u otros aparatos. Por esta razón, para entender la relación entre persona y residuo, es importante desdibujar la dicotomía estática "valor" / "no valor" y reemplazarla por una concepción fluida del mismo que antes de seguir un proceso lineal (que inicia con la producción y culmina con el consumo), sigue un proceso espiral, el final de la ruta de un objeto, puede ser el inicio de otra y el ciclo vuelve a empezar.

Dentro de este tránsito pueden surgir preguntas como ¿Qué implica el "descenso" de un objeto al campo de lo desechado? ¿Qué significado tiene para el propietario el objeto despojado de su "valor"? Kevin Lynch y Michael Southworth (1990) analizan el malestar que se tiene con lo

degradado, lo contaminado, lo impuro, lo desechado, lo abandonado y cómo este configura un acuerdo social que a su vez pacta un código binario para ordenar la experiencia: lo útil y lo inútil, lo floreciente y lo decadente, lo sagrado y lo profano, lo limpio y lo sucio, lo vivo y lo muerto; de manera general, aquello que conservo y aquello que desecho. Este objeto despojado de su “valor” se transforma en una cosa degradada, un elemento al que se le imprimirán nociones de impureza y contaminación, y que, por lo mismo, demandará una relación especial; pero ¿por qué dicha exigencia?

Mary Douglas (1973), en su estudio de los rituales religiosos “primitivos” y los tabúes, nos habla de la existencia de una *peligrosidad* inmanente al desorden. Para la autora, el desorden como fuente de peligrosidad, se refiere a estados “impuros” que por escapar o quedar fuera de un ordenamiento social quedan indeterminados por un periodo de tiempo ritualizado en el que no se es ni un estado ni el otro. De esta manera, Douglas entiende lo *impuro* como aquello que está fuera de lugar, aquello que transgrede cierta noción del *orden de las cosas* y es, por lo tanto, una amenaza para el mismo.

Esta definición que da Douglas de lo “impuro” condena al objeto al desorden y la imprecisión, lo que a su vez la coloca en el campo de lo velado. En una sociedad en la que el consumo se ha erigido como una de las actividades principales en la vida de las personas, no solo se invisibilizan las relaciones sociales detrás de su producción (Marx, 1975), sino que también se invisibiliza el devenir del objeto consumido. "We take our garbage to the curb and someone hauls it away. Rarely do we give thought to how much we produce, where it goes or the consequences of our actions. When it comes to household waste, we have an “out of sight, out of mind” attitude." (Mcknight-Yeates, 2009). Lo que sucede antes y después del consumo del objeto queda ensombrecido, la mercancía es transformada en basura y es desterrada de lo pensable:

“‘Garbage’ does not strictly refer to an object, but is a jumble of inexactness, a disordered condition (in the metaphorical sense), or degraded husk of some former object, it seems to lack conventional symbolic referents, and in a sense the stuff of garbage is the remainder of the symbolic order proper (which nonetheless is a condition of this

symbolism functioning within a given culture or specific historical circumstance)." (Scanlan, 2005: 16-17)

En este pasaje, John Scanlan nos presente a la Basura como un objeto sin identidad o personalidad, que despojado de toda distinción es arrojado al anonimato del botadero o el cesto de basura. Ahí, depositado uno al lado del otro, inertes, la basura es confundida con inexactitud y desorden, una masa homogénea vaciada de significados, referentes; un mero recuerdo o vestigio de lo que "fue". Sin embargo, la basura no sencillamente rememora un orden social que "ya no es", sino que es en todo momento orden social. Todo sistema simbólico no la deja sencillamente en el terreno de lo indefinido, existen nociones, valores y significados asignados a la basura, la vida del objeto no se ha detenido, no es ahora un cadáver al que através de una autopsia podemos inferir cosas del sistema cultural que lo dejó atrás.

Lo dicho por Scanlan sobre la inexactitud de la basura nos ayuda a posicionarla más claramente en los estados impuros de Douglas. Estos estados están muchas veces caracterizados por la segregación y marginación de la liminalidad (Turner, 1969) , asociada muy fuertemente a la suciedad y la contaminación (todos elementos fácilmente identificables con lo que desechamos). Sin embargo, aunque se trate de posiciones que han quedado fuera de los estatutos "definidos", en las áreas desdibujadas del orden social, hacen en todo momento referencia a la estructura social "[...] algunas contaminaciones se emplean como analogía para expresar una visión general del orden social" (Douglas, 1973: 16).

Para Lynch y Southworth consistiría en un pacto colectivo: "(...) el acuerdo social acerca de lo que es impuro no sólo nos avisa de lo que es biológicamente peligroso, sino que nos ayuda a pautar el mundo" (2005: 26). Aquello que un universo social determina como sucio, impuro, contaminado y contaminante emana un peligro para el orden social y sus individuos, un peligro que va más allá de lo inmediatamente físico. Podemos reconocer a nuestros desechos como un elemento impuro que irradia peligrosidad y, por lo tanto, exige un trato especializado, una forma particular de relacionarse con la misma. La basura es algo que debe ser colocado en "su lugar", un espacio especialmente designado para contenerla, y con este objetivo la sociedad desarrolla restricciones y tabúes para regularla, para ponerla en orden. (Douglas, 1973).

Aunque opera en cada uno de nosotros distintos mandatos colectivos sobre limpieza e higiene, no todas nuestras acciones por poner la suciedad en “su lugar” son tan conscientes como tirar la basura en el tacho o colocar la ropa sucia en el cesto. En un nivel más profundo, la re-localización de nuestra basura es un esfuerzo por mantener la suciedad fuera de la conciencia. Para autores como Edd de Coverly, Pierre McDonagh, Lisa O'Malley y Maurice Patterson, el imperativo de poner en su lugar a la basura se debería a que la sociedad, construida bajo nociones hiper-consumistas, se encuentra visceralmente incómoda cuando es enfrentada a sus desechos y busca evitar cualquier elemento que pueda levantar algún cuestionamiento a sus niveles de consumo. “(...) consumer society is happiest when consumption is isolated from its waste consequences.” (2008: 27-28).

Por otro lado, en la última década han surgido renovados esfuerzos por dar cuenta de nuestros desechos desde nuevas miradas. Aunque el análisis de Douglas ha gozado una generalizada aceptación y popularidad en las ciencias sociales en el estudio de la suciedad, existen algunas perspectivas que elaboran distintas críticas a este modelo y hacen un llamado para un enfoque más amplio al momento de pensar nuestros desechos. Autores como Joshua Ozias Reno (2014) argumentan que es importante hablar de la materialidad de los objetos que preexisten cualquier categorización simbólica y, en consecuencia, se debe reconocer que antes que reflejos de un ordenamiento social o cultural, son indicios de vida, vida que puede no exclusivamente ser humana.

Reno (2014) sostiene que el entendimiento de los tabúes y la contaminación no puede reducirse sencillamente a un imperativo por mantener cierto orden. Afirma que el modelo Douglasiano ha gozado de gran aceptación al momento de pensar los desechos por dos grandes motivos: 1. El taboo y la religión son elementos clásicos que han atraído la atención de los científicos sociales, y 2. La predominancia del modelo constructivista que se ha centrado más en los significados y menos en materialidades. En respuesta a este modelo, el autor hace un llamado por una perspectiva que descansa menos en “meaning” y más en “embodiment”. Pero no se queda ahí, sino que además propone un enfoque etnográfico “cross-species” para desafiar la perspectiva antropocéntrica en la interpretación de los desechos y la relación hombre-naturaleza que minimiza la influencia de actores y fuerzas no-humanas. Es importante señalar que el autor no

intenta negar la dimensión simbólica detrás de los desechos, sino que intenta reconciliarla con la dimensión material a través de un enfoque “bio-semiótico” o “sem-biótico”.

No descuidar la materialidad de los objetos, nos invita a explorar también la agencia que pueden tener. Douglas, habla del “poder” que tiene lo sucio para referirse a que no sencillamente condenamos lo impuro, sino que reconocemos su capacidad destructora del orden simbólico; su calidad de transgresor, de disruptor, le otorga este poder, lo convierte en amenaza y lo vuelve peligroso. La noción de peligrosidad de Douglas reconoce en cierto nivel la agencia del objeto sucio en la medida que reconoce su capacidad de “hacer”, o, en este caso, de “des-hacer”. En la misma dirección, Jane Bennett (2010) nos habla del *thing-power* que en un sentido más explícito que en el análisis de Douglas, hace referencia a “the curious ability of inanimate things to animate, to act, to produce effects dramatic and subtle.” (p. 6). El thing-power es ese llamado que hace el objeto que aunque sin necesariamente ser entendido, produce un efecto en mí como el asco y la repulsión generada por objetos-basura.

Tanto Douglas como Bennett reconocen la agencia de los objetos que como la basura poseen la capacidad de “actuar”, de generar efectos en nosotros y esos efectos nos llevan al campo de las percepciones. Toda esta “actuación” esta capacidad de “hacer” se desenvuelve en la percepción de las personas. Todos los elementos que podemos catalogar como la agencia de los residuos actúan y performan en las distintas maneras que las personas los perciben. La agencia de los residuos generan y determinan la percepción y los significados que se tiene de la basura, así como de mi relación y la de otros con ella. Abordar la agencia de los residuos sólidos nos permite entender cuestiones centrales para este trabajo como ¿Qué efectos producen estos residuos en las personas? ¿Qué percepciones generan sobre la basura? ¿Qué percepciones generan sobre mi relación con la basura?

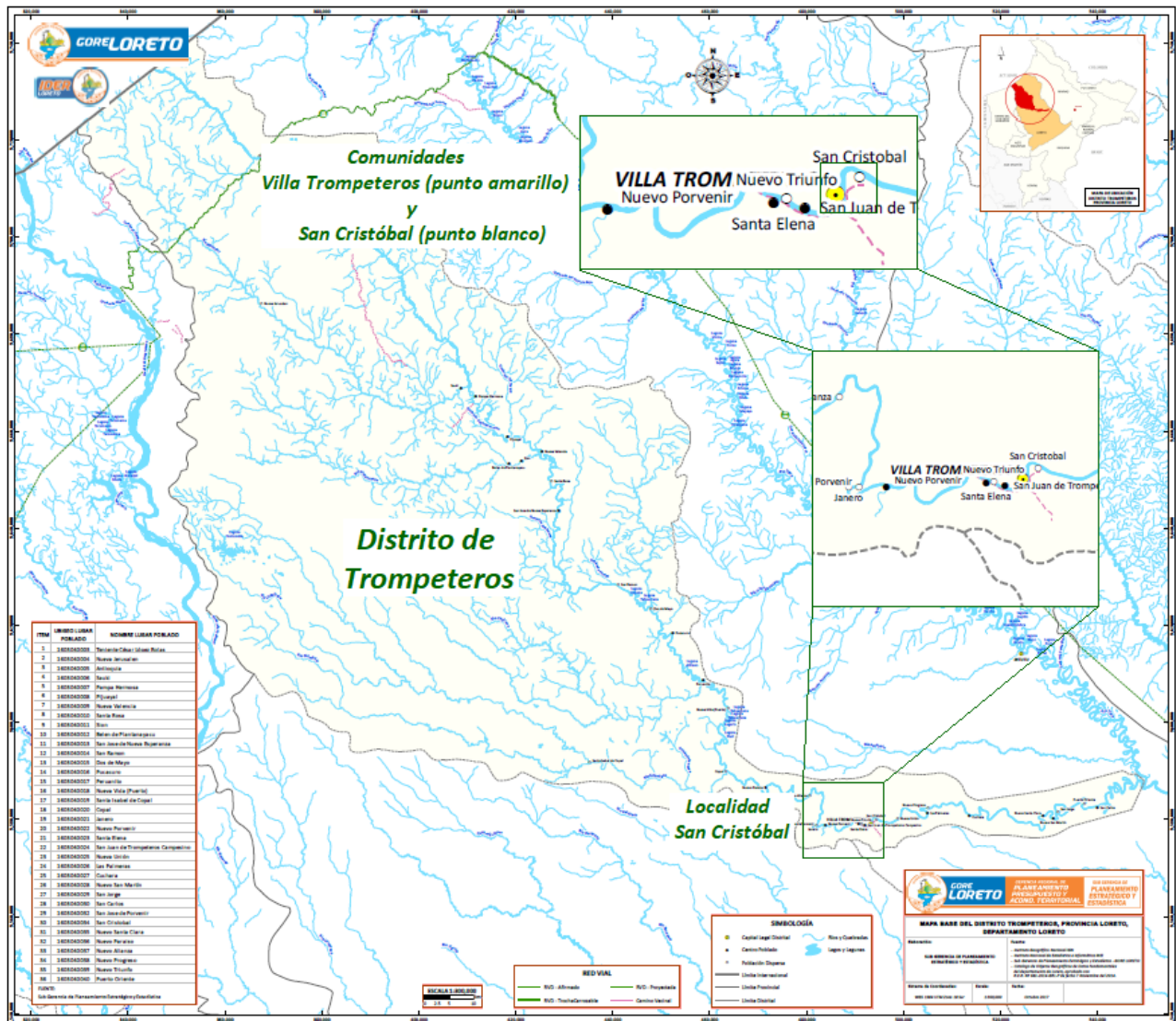
Sin embargo ¿Qué hay de la agencia de las personas? Cuando mencionamos el trabajo de Appadurai concluimos que es importante conceptualizar la generación de residuos sólidos no como un proceso unidireccional de destrucción, sino uno bidireccional de transformación en el que la agencia de los sujetos es determinante. Esta agencia hacía referencia a la capacidad y creatividad de las personas de generar distintas desviaciones a los propósitos prescritos de los

objetos desechados; sin embargo, la agencia de las personas alrededor de la basura está presente mucho antes, en la misma generación de basura. En palabras de Susan Strasser: “Trash is created by sorting (...) requires a decision: keep it or toss it. We use it up. We save it to use later, we give it away, or at some point we define it as rubbish, to be taken back out, removed beyond the borders of the household” (1999: 8). La basura como clasificación, como decisión, responde a distintos factores sociales e individuales que están detrás de dicha decisión: jamás será una categoría absoluta ni universal. “The categories of objects we use and throw out are fluid and socially defined, and objects move in and out of these classifications.” (Strasser, 1999). Con esto, terminamos más o menos como empezamos.

Todo lo dicho en este segmento esperamos pueda leerse como bosquejo inicial para un marco teórico que permita una aproximación a la basura desde las ciencias sociales que por mucho tiempo han mostrado cierto desinterés. Sobre el mismo tema diría el semiólogo Riste Keskaik “Have we been blinded by cultural norms that prescribe the rejection of the phenomenon?” (2001: 313). Aunque se han escrito grandes reflexiones sobre la basura y elementos relacionados como la suciedad, la impureza, el deterioro (Douglas, 1973) (Lynch y Southworth, 2005) (Kennedy, 2007) (Keskaik, 2001) (Strasser, 1992) no ha existido ni existe un cuerpo teórico sólido para la problematización y conceptualización de nuestros residuos como un objeto para las ciencias sociales (Coverly et al, 2008), lo que hace que esfuerzos como este encuentren su justificación. En palabras de Scanlan: "(...) there is no 'social theory' or concept of garbage at all; nor is there a readily accessible literature that lays bare the intellectual parameters for a discussion of, or investigation into, the possibility that such a concept might eventually be elaborated.”.

## LA LOCALIDAD SAN CRISTÓBAL

El lugar seleccionado para el trabajo de campo fué la localidad San Cristóbal, en el distrito de Trompeteros, en el departamento de Loreto. La localidad se encuentra a 2-3 días de viaje en lancha desde el puerto Masusa en Iquitos; o a 1 día si se toma un colectivo de Iquitos a Nauta (3 horas) y desde aquí, un “rápido” que te lleva a la capital distrital de Trompeteros en 12 horas.



Mapa político del distrito de Trompeteros (Editado). Recuperado de <http://geoportal.regionloreto.gov.pe/mapa-politico-del-distrito-trompeteros-2/>

Es importante señalar que localidad y comunidad no deben entenderse como lo mismo. Al consultar la Base de Datos de Pueblos Indígenas u Originarios (BDPI) podemos observar que el espacio está dividido en localidades y que cada una, dependiendo de la extensión contiene cierto número de comunidades. El caso específico de la localidad San Cristóbal, según dicha base, albergaba dos comunidad indígenas achuar: Villa Trompeteros (la capital distrital) y San Cristóbal. Sin embargo, esta delimitación difícilmente es percibida por las personas de dichos lugares. Al preguntar por la localidad San Cristobal me referían inmediatamente a la comunidad

indígena, y preguntar por la comunidad Villa Trompeteros causaba confusión ya que la capital distrital no era referida por las personas ni como comunidad, ni como Villa, solamente Trompeteros. “Comunidad es más allá, acá es Trompeteros” me respondieron en una oportunidad.

La comunidad Villa Trompeteros, según la BDPI, alberga aproximadamente a 3420 personas, mientras que la comunidad San Cristóbal, según la misma fuente, a 19. Estos números, sin embargo, deberían tomarse con escepticismo ya que, aunque no se realizó un censo de la población de las comunidades, difícilmente la realidad concuerde con lo expresado con la BDPI. La capital distrital probablemente albergue menos de 1500 personas y la razón por la que esta base de datos registra un número mucho más elevado podría deberse a que estén considerando como parte de Villa Trompeteros a las comunidades San Juan y Santa Elena. Por su lado, San Cristóbal, según el Apu de la comunidad, alberga en la actualidad a aproximadamente 70 personas.

Ambas comunidades han sido reconocidas por el estado como parte de la localidad San Cristóbal el 29 de marzo del 2005 (R.D. 035-2005-GRL-DRA-L), sin embargo, sus fundaciones ocurrieron años atrás. Aunque no existe un consenso, podemos decir que Villa Trompeteros fué fundada aproximadamente entre los 60's y 70's, conformada principalmente por población achuar, pero con la progresiva expansión de las exploraciones petroleras y su asentamiento en la zona, la comunidad vió la llegada de cada vez más y más “mestizos”, personas de Iquitos y otras partes del Perú que se veían atraídos a Villa Trompeteros para trabajar en la empresa petrolera o para desempeñarse en la actividad comercial. El crecimiento de su presencia en la comunidad generó que un grupo de personas decida cruzar el río y re-asentarse lejos de los “mestizos” a menos de 30 minutos de viaje en bote fundándose el 20 de mayo del 2001 la comunidad San Cristóbal.

El flujo entre ambas comunidades es bastante alta, pero de una sola dirección. Debido a la centralidad de Villa Trompeteros, muchas personas de San Cristóbal bajan a la capital distrital por diferentes razones, ya sea para atenderse en el centro de salud (\*); ya sea para recoger el dinero destinado de JUNTOS; ya sea para vender lo cosechado en la chacra o comprar algún

artículo ya que, aunque existe una bodega en San Cristóbal, no siempre está totalmente abastecida.

#### DESCRIPCIÓN DEL PANORAMA DE LA BASURA:

Debido a su proximidad a la empresa petrolera y la expansión de la actividad comerciante, las personas en ambas comunidades no son ajenas a los envases plásticos, bolsas, cigarros, cervezas embotellada, energizantes, etc. De hecho, debido a su posición de puerto intermedio para las lanchas que se adentran más hacia Ecuador, el contrabando es una actividad bastante fuerte y poco regulada. Comerciantes y/o contrabandistas llegan todos los días a Villa Trompeteros, descargan su mercancía por 2 o 3 días, se dedican a vender todo lo que tienen a las comunidades cercanas y siguen su camino.

Si las personas no se acercan al pequeño mercado frente al punto de desembarco donde se concentran estos productos, los mercaderes van de casa en casa, de bodega en bodega, ofreciendo su mercancía apostando principalmente por las comunidades indígenas que se asumen sin bodegas, o por lo menos, sin muchas como Villa Trompeteros. Entre los principales productos que algunos de los mercaderes lograban vender teníamos a los paquetes de bolsas y cajetillas de cigarrillos, “son lo que más sale, porque se acaba altoque y tienen que comprar de nuevo, por eso uno tiene que ir calculando para volver a pasar, tienes que estar atento, que sino le compran a otro” (Wilmer “Pequeño”, mercader contrabandista).

El aumento del comercio en la zona pareciera estar expandiendo la presencia de plásticos y otros desechos mal posicionados en Villa Trompeteros y San Cristóbal, una presencia que para muchos no era un problema antes “eso es de ahora, antes no había” (Elita, Originaria de Ñepe, de visita en Villa Trompeteros). La materialidad de los productos y objetos de las personas de la localidad de San Cristóbal viene transformándose desde hace ya muchos años, por lo que ahora se pueden ver tirados en la calle objetos que no se veían en la misma cantidad o que, simplemente no se veían. Entre los objetos que pudimos observar desechados en la calle podemos observar:

- Carrozas de metal oxidado y semienterrado de mototaxi.
- Motores semi enterrados en el patio.
- Cadenas de motor oxidadas
- Refrigeradoras y congeladoras.
- Botellas de plástico
- Botellas de vidrio
- Bolsas y envolturas de plástico
- Restos de comida
- Aerosoles
- Baterías y pilas
- Baldes o bateas rotas
- Blisters y envases de remedio
- Vasos descartables

La mayoría de estos artículos se encontraron principalmente en la capital distrital arrojados en las calles y orillas del río concentrándose principalmente alrededor del mercado y las principales calles que conectan a la plaza principal de Villa Trompeteros. Mientras que en las calles, algunos de estos elementos desechados se encuentra deambulando, la mayoría de estos se encuentran parcialmente enterrados. La historia es similar y mucho más problemática en el punto de desembarco al final del mercado, en el que debido a la humedad, la orilla es un lodal con todo tipo de basura. Mucha de esta llega a través de las canaletas que la llevan de las calles hasta la orilla, pero también a que, mientras que algunas personas esperan la llegada de alguno de los transportes, arrojan aquello que en ese momento estaban consumiendo. Una práctica similar tienen algunos de los recién llegados que al desembarcar arrojan los envases en el que se le entregó el almuerzo y la botella de gaseosa, si es que ya no los botó al río en el camino.



Fotografía tomada en los últimos días en Villa Trompeteros. Después de una pronunciada subida del río, la basura depositada en calles y orilla fué recogida por la corriente del río hasta estos depósitos en dónde se amontona.

Alejándonos de la orilla tenemos el mercado. El pasadizo es para el tránsito de las personas y a los lados tenemos instalados mesas rústicas de madera en los que despliegan su mercancía los comerciantes e intentan atraer compradores. Detrás de estos puestos se encuentran dos caletas paralelas a cada lado en la que no solo se arrojan envases y envoltorios de lo que se consume a lo largo del día, sino que incluso, es una oportunidad uno de los vendedores aprovechó la inmediatez para dar media vuelta, miccionar y continuar con sus ventas con normalidad. Entre

los puestos de comida, como en otros mercados, se arrojan los restos a un lado para los perros y algunas de las gallinas que deambulan por ahí, así como también el agua sucio del enjuagado de sus platos y cubiertos. Los residuos de comida también a veces son arrojados al río “para que coman los peces”.

Conforme nos alejamos del mercado los residuos disminuyen pero no desaparecen. Una caminata atenta por las calles de la comunidad revelará la presencia de envolturas de galletas, botellas de plástico, colillas de cigarro y chapas de cerveza y/o gaseosas, entre la maleza y pastos, así como también en las canaletas. Aunque no encontramos en ningún lado ningún tacho designado por la municipalidad pudimos constatar que cuentan con un sistema municipal de recojo de basura dos veces al día, cada 8 horas aproximadamente; bastante eficiente según algunos, pero no suficiente según otros. Se trataría de una furgoneta (que nunca pudimos ver) que recoge la basura que las personas dejan al lado de la pista en bolsas y baldes. Las personas intentan dejar la basura a pocos minutos que pase la furgoneta a riesgo que si pasa demasiado tiempo afuera podría atraer perros que en busca de algo de comer desarmen su basura y esparzan los desechos por la calle.



Fotografía tomada saliendo del mercado de Villa Trompeteros.

Por su lado, en la comunidad San Cristóbal, la disposición de basura es totalmente distinta. Al tratarse de una comunidad mucho más pequeña con muy poco movimiento comercial, la generación en sí de basura es diferente. No hay grandes concentraciones de basura en un punto específico de la comunidad, sino que la generación es doméstica y, en cada hogar, existe un lugar designado para su disposición. En la mayoría de casas se designaba un espacio en los límites del territorio del hogar para disponer los desechos del día. En este espacio al borde de la vivienda y prudentemente alejado se instalaba el silo y un punto de acopio donde se arrojaban los residuos del día a día, acumulándose. Al preguntar a las personas si existía algún procedimiento de recojo municipal de recojo de basura algunas amas de casa me respondieron “Lo arrojamos ahí no más, todo, por el barranquito”.

Encontramos un par de tachos para la segregación de basura que se encontraban vacíos y daban evidentes señales de desuso. Lo más extraño es que solo estuvieron instalados el primer día de nuestra estadía y al preguntar por los tachos, nadie supo qué responder.

La gran parte del día los hombres se encuentran fuera trabajando, las mujeres en los hogares preparando el almuerzo, ordenando y cuidando a los menores, y los niños en la cancha jugando y bromeando entre ellos. La mayoría de alimentos que se cocinan en la comunidad no son productos empaquetados por lo que la mayoría de residuos generados son eliminados rápidamente por los perros, las gallinas y otras formas de vida. Existe sin embargo una pequeña bodega en la comunidad que abastece principalmente a los niños de galletas y golosinas y a los adultos de cervezas y gaseosas entre otros productos para el aseo y la higiene. Los muchachos por lo menos una vez al día consumían algún fruto, producto de la bodega o incluso zuri, e inmediatamente al terminar, de haber algún residuo, es arrojado inmediatamente al piso.

Otro aspecto importante, si se quiere dar un esbozo aproximado de la situación de la basura en la localidad San Cristóbal, son las prácticas de *re-aprovechamiento*. Describir el panorama de los residuos sólidos implica no sólo dar cuenta de lo que se desecha, sino también de lo que se reaprovecha. Estas prácticas muchas veces son bastante cotidianas y hasta pueden pasar desapercibidas. Tanto en la comunidad San Cristóbal como en Villa Trompeteros no sencillamente se utiliza un objeto hasta que llega el momento de declararlo basura y desecharlo; sino que, los objetos, una vez cumplido su propósito, desgastados por el tiempo o simplemente roto, se realizan esfuerzos conscientes para re-habilitarlo con el mismo propósito o uno nuevo.

Las prácticas de re-aprovechamiento según el Plan Nacional de Gestión de Residuos Sólidos (PLANRES) 2016-2024 (Ministerio del Ambiente, 2016) son tres: Reciclaje, *Recuperación* y *re-utilización*. La primera consiste en la transformación del residuo sólido a su materia prima; el segundo consiste en el re-aprovechamiento de parte del objeto desechado; y el tercero se refiere al re-aprovechamiento del objeto desechado para que siga cumpliendo su propósito original. En cuanto a las prácticas de reciclaje, en ninguna de las dos comunidades se observó la segregación y la infraestructura necesaria para el tratamiento de materiales reciclables, por lo que diremos que no existen iniciativas de reciclaje.

Por otro lado, los casos de recuperación y re-utilización son abundantes y bastante cotidianos. Cuando un objeto se rompe, si se encuentra la manera, será reparado o restaurado para su re-utilización, o se rescatarán las partes o piezas a las que se les pueda dar algún uso. Por ejemplo, en uno de los puestos de comida del mercado, una señora traía el arroz en ollas arroceras; dos de estas ollas, por los trajines del día a día, se habían quedado sin asas para levantar la tapa y la había reemplazado con una especie de pita hecha de bolsas de plástico. No solo eso, sino que sus ollas arroceras se habían malogrado, así que se había desecho de la máquina que calienta la olla y usaba ahora las ollas como cualquier otra regular al fuego. Este caso específico tiene un poco de ambos procesos de recuperación y re-utilización.

Otro ejemplo interesante es sobre los ventiladores. El calor en la selva no es algo desconocido, por lo que no debe sorprender que siempre se busquen maneras de estar más fresco. Ejemplo de esto es el trato del señor Miguel, dueño del hospedaje en el que me alojé durante los días de campo en villa trompeteros, hacia los ventiladores. Tenía uno en su cuarto, otro en el mío, y otros dos guardados en caso se necesiten. Estos cuatro ventiladores funcionales, tienen años con el señor Miguel, que me cuenta que cada cierto tiempo se malogran por lo mismo que tienen tiempo manteniendo el hospedaje fresco; sin embargo, Miguel tiene dos ventiladores viejos de los que cuando necesita, recupera piezas y partes para mantener andando los otros ventiladores. A lo largo de su estadía en Trompeteros, Miguel ha amontonado algunas partes de distintas máquinas que cree que podrían servirle en algún momento para algún reparo, sea de la bomba de agua, tuberías, ventiladores e incluso, su celular. De hecho no es el único recuperador y reparador, en el mercado hay un pequeño puesto en el que se arreglan dispositivos electrónicos como celulares y laptops; casi todos los días podías ver al dueño del puesto desarmando teclados o computadores viejos intentando recuperar alguna pieza que podría utilizarse en la reparación de otro objeto.

Otros ejemplos, quizás más cotidianos, son la re-utilización de un control remoto roto que después de romperse era imposible mantener sus partes unidas hasta que se le sujetó con una especie de liga hecha de bolsas plásticas; por otro lado, también podemos ver la recuperación de muebles de madera viejos o trozos de madera desechados para su re-utilización o la de otro

objeto roto como, por ejemplo, reparar la pata rota de una silla. Sin embargo, existen ejemplos que no encajan con ninguna de las categorías de re-aprovechamiento señaladas por el PLANRES 2016-2024 (Ministerio del Ambiente, 2016), como lo es el caso de los refrigeradores y congeladores abandonados a la intemperie en distintas partes de Villa Trompeteros.



Fotografía tomada los primeros días de mi estadía en Villa Trompeteros.

Esta era la escena con la que me encontré cuando recién llegué a Trompeteros. A diferencia de otros aparatos, el mecanismo del refrigerador era demasiado complicado como para repararlos o recuperar piezas que puedan utilizarse en otros aparatos, por lo que cuando dejan de funcionar solo son abandonados. César, un mercader sedentario, me aseguró que en algunas embarcaciones recogían estos objetos, los llenaban de hielo y lo utilizaban para mantener fresca la pesca del día. No pude comprobar esto más allá del testimonio de César, sin embargo, 4 semanas después, al regresar de mi estadía en la comunidad San Cristóbal, me topé con una inusual re-uso de ese mismo refrigerador.



Fotografía de unos niños navegando en un refrigerador en Villa Trompeteros después de la subida del río corrientes.

En lo que realizaba mi trabajo de campo en la comunidad San Cristóbal, las fuertes lluvias no cesaron generando la subida del río. Al regresar a Villa Trompeteros, el agua había avanzado hasta inundar los primeros puestos del mercado y día a día siguió subiendo, hasta el punto que, días antes de irme, saliendo del hospedaje de Miguel mojado hasta el ombligo, me topo con estos muchachos utilizándola para navegar por la inundación de las calles, un re-aprovechamiento que le imprime al objeto una nueva finalidad.

Otro ejemplos de lo mismo es el caso del re-aprovechamiento de baldes de pintura o baldes de aceites automotriz como objetos para recoger y almacenar agua, fruta e incluso, masato. También se encontraron ejemplos de estos objetos usados como floreros. Otro caso que se encontró fué el del re-aprovechamiento de botellas de plástico de 2 o 3 litros para el almacenaje de gasolina y su venta por galones.



Fotografía de una casa que ofrecía por su ventana gasolina embotellada.

Al lado de la ventana hay un cartel que anuncia la venta de gasolina atrayendo a los interesados. Conforme pasó el tiempo, me fuí dando cuenta que se trataría de una práctica muy común que, aunque nunca logré determinar de dónde sacaban la gasolina, algunos me dijeron que existen trabajadores de la empresa que la robaban para venderla “acá” (Villa Trompeteros), otros me dijeron que la traen de “afuera” y la reparten en botellas por galones porque así “sacan más”.

El ejemplo excéntrico del refrigerador, casos como el de los baldes y las botellas de plástico, evidencian un re-aprovechamiento distinto que no se acopla a las tres categorías señaladas por el PLANRES 2016-2014 (Ministerio del Ambiente, 2016). Para referirnos a estos casos en que el re-aprovechamiento deviene en la atribución de un nuevo propósito al objeto, utilizaremos el término de *re-uso*.

## ARROJANDO BASURA: ANÁLISIS DE LAS PRÁCTICAS DE DISPOSICIÓN DE LA BASURA.

Afirmar que la orilla de Villa trompeteros no siempre ha estado enfangada de basura, no debería causarle a nadie algún escepticismo. Se trata de un espacio que a través de una relación histórica con prácticas sociales específicas ha llegado a ser lo que es ahora, un espacio cuya constitución o características causan repulsión, un *espacio sucio*. Esta configuración del espacio es lo que Henri Lefebvre (2013) denomina como la *producción social del espacio* que no solo se refiere al espacio como un producto de lo social sino como productor de lo social. Probablemente nadie refutaría el argumento de que un espacio sucio es precisamente eso, debido a que las personas lo ensucian; sin embargo, siguiendo la línea de Lefebvre, ¿Podría el espacio sucio generar las prácticas que lo ensucian?

Caminando por el mercado de Villa Trompeteros, o por sus alrededores, es muy probable que uno presencie escenas de arrojado de algún envase plástico o bolsa a las calles o a la orilla del río. Sin embargo, conforme uno empieza a alejarse del movimiento comercial la presencia de basura en la calle se reduce, sin desaparecer del todo. Cuando uno ingresa a las casas de las personas, difícilmente encontrará residuos como los que hallará semi enterrados saliendo por la puerta. Si pudiéramos colocar en una escala los espacios mencionados graduados de acuerdo a la menor a mayor presencia de basura, tendríamos pegado al cero, el hogar; al otro extremo, la orilla del punto de desembarco; y entre ambos, las calles y el mercado respectivamente.

Cuando le preguntaba a alguien por qué el espacio del mercado y la orilla estaban tan sucios, me respondían “es que hay gente cochina, bota donde quiere”. Otras personas me dijeron cosas como “es que es tierra de nadies... entonces nadies cuida”; o todo lo contrario “es que es de todos, entonces todos hacen lo que quieren...”. Todas las respuestas comparten, sin embargo, un elemento. En cada uno de estos enunciados la responsabilidad que se puede tener sobre el mantenimiento de un espacio está diluida, por lo que las personas no se sienten constreñidas a cuidarlo.

El señor Miguel, alguien que religiosamente se dedica al mantenimiento de su hospedaje, en más de una oportunidad me ha hecho saber sus reclamos hacia los pocos esfuerzos que la municipalidad hace para instalar tachos y promover a las personas de “Trompeteros” a botar la basura en su lugar; sin embargo, lo he visto arrojar de vez en cuando algún envoltorio o papel, las colillas del cigarro, o alguna pepa de fruta a la calle. El señor Miguel condena la basura *fuera de lugar* dentro de un espacio que percibe como propio, pero esta sanción parece disolverse o, como mínimo, perder vigorosidad apenas cruza el umbral de su puerta. El hogar parece ser un espacio en el que se está al asedio de cualquier amenaza de impureza en el sentido Douglasiano (1973); sin embargo, la amenaza parece debilitarse cuando se encuentra fuera del hogar.

Lo mismo observé en otras casas, sobre todo aquellas con pequeños, a los que reiteradamente se les llamaba la atención por los desórdenes que ocasionan dentro y se les ordena jugar afuera. El juego del niño, en tanto que causante de desorden es una amenaza para el ordenamiento del hogar, sin embargo, en lugar de anular la “amenaza” explicándole al niño que podría jugar de una forma menos “transgresora”, la mujer decide desplazarla a la calle. Otra madre, que ordenaba su sala mientras conversábamos, le reclamaría a su hija por una cajita de refresco en el piso “Acaso tú estás en la calle?!”. Ambas actitudes de estas madres evidencian ciertos trazos espaciales que separan un espacio ordenado que se custodia y un espacio *no ordenado* por la intencionalidad de uno y que circunscribe al primero. Este trazo podría reflejar de cierta manera la clásica separación entre espacio privado y espacio público, pero es importante ahondar más en caracterizarlos.

Una situación similar es descrita por Mikael Drackner en Tacna:

"Symptomatically, people tend to their own houses, which are private responsibility, while on the outside, responsibility is shared with a vast number of other people, which make any individual's direct responsibility seem very small or unimportant. Furthermore, since there is a local government that is financed by taxes to deal with the city's cleanliness, the conception of personal responsibility becomes even weaker, and only serves to underline one's own exemption of obligation." (2005: 180)

Esta descripción articula satisfactoriamente los tres argumentos que se formulaban al preguntar por la basura en el mercado y la orilla. Con lo señalado por Drackner podemos entender que existe una distribución desigual de la responsabilidad percibida sobre la problemática de la basura, sin embargo, yo puedo sentirme no responsable del mantenimiento de un sitio, pero no por eso voy a ensuciarlo; que no me siento encargado de su cuidado, no me hace necesariamente un agente de su descuido. Si ensuciáramos aquel espacio del que no nos sentimos responsables ¿qué nos detendría de ensuciar estando de visita en una casa ajena? ¿Por qué no boto basura en la casa de otros?

“Psicólogos sociales y oficiales de policía tienden a coincidir en que si una ventana de un edificio está rota y se deja sin reparar, el resto de las ventanas serán rotas pronto. Esto es cierto tanto en buenos barrios como en los más decadentes. La rotura de ventanas no ocurre en mayor escala debido a que algunas zonas están habitadas por decididos “rompedores de ventanas” mientras otras están pobladas por “amantes de ventanas”, sino porque una ventana sin reparar es señal de que a nadie le preocupa, por lo tanto romper más ventanas no tiene costo alguno.” (Fridman, 2001: 69)

El anterior fragmento es una traducción de la teoría de las ventanas rotas de Wilson y Kelling (1982). Esta teoría de la sociología urbana describe la relación entre desorden y crimen que nos dice que es más probable que un espacio u objeto sea descuidado si presenta señales o síntomas de descuido y/o abandono. Aunque los autores buscan dar con un modelo explicativo de vandalismo en el contexto urbano, creo que el principio que describen podría extrapolarse a la situación de la basura en Villa Trompeteros. En espacios como el del mercado o la orilla del río, no sólo no me siento responsable ni obligado del mantenimiento del lugar, sino que además percibo las señales de descuido y, en cierto grado de consciencia, anulo cualquier imperativo de orden y limpieza: No cuido un lugar que otros no cuidan. Cualquier consideración que normalmente me constriña a no arrojar mi basura en el piso se debilita en un espacio con señales de que otros tampoco se constriñen por alguna consideración similar.

La disposición de nuestros residuos sólidos, en tanto implica pautar un sitio para lo desechado, señalar el lugar de la basura, produce un espacio. Este es, siguiendo la concepción de Lefebvre, un espacio social, un espacio producto y productor de prácticas sociales. De esta manera, el

espacio sucio de Villa Trompeteros es producido por las prácticas individuales de arrojado de basura y otros desechos; pero al mismo tiempo, en tanto que producido socialmente como sucio, genera actitudes de descuido, retroalimentando las mismas prácticas que lo construyeron como sucio en primer lugar.

## UNA SEGUNDA VIDA: ANÁLISIS DE LAS PRÁCTICAS DE re-aprovechamiento DE BASURA:

Aunque cuando escuchamos basura normalmente pensamos en aquellas cosas degradadas o deterioradas, o sin utilidad; pensar en la basura implica también pensar en aquello que después o antes de transformarse en desecho es reaprovechado. Es pensar también en las formas que resistimos a la degradación y el deterioro de los objetos; o en las maneras en que podemos prolongar su utilidad y hasta quizás, darle nuevos propósitos. Abordar las prácticas de re-aprovechamiento permite introducirnos a la dimensión de la agencia humana en la generación de residuos sólidos ya que, como Strasser señala, todo parte de una decisión, la basura no puede ser asumida como tal hasta que una persona en una situación específica decide declararla como tal (1999). En el caso del re-aprovechamiento, la decisión está igualmente presente, la de condenar un objeto al basurero o rescatarlo.

Muchos de los casos de re-aprovechamiento en la localidad de San Cristóbal, pueden evocar a más de uno a algún nostálgico recuerdo. En mi caso, el control que mantiene sus partes unidas por una liga hecha de bolsas me llevó años atrás a mis infancia en casa de mis abuelos. Y es que las prácticas de re-aprovechamiento son un fenómeno bastante difundido que muchas veces puede pasar desapercibido, sea por su cotidianidad o normalización como una respuesta al deterioro de algún objeto: Desde el re-uso de polos viejos como trapos, la re-utilización de la ropa de bebé heredada a los recién nacidos, la recuperación de “patitas” de lentes viejos para reparar tu montura actual, etc.

Sin embargo, aunque existan muchas prácticas de re-aprovechamiento que reflejan la creatividad de las personas para adaptarse a una situación, es importante reconocer que en muchos contextos

es una expresión de condiciones sociales. Por un lado, nos referimos a que mientras en algunos grupos sociales, el deterioro de un objeto se soluciona con su reemplazo por uno nuevo, casi siempre mejor; en contextos de pobreza y precariedad, desechar dicho objeto podría ser un lujo que no te puedes dar. Aunque es cierto que cada vez hay más acceso a productos descartables gracias a la expansión del comercio, el ritmo acelerado de consumo y desecho de ciertos grupos humanos no puede ser mantenido por todos : desechar un objeto podría ser un privilegio para algunos.

De esta manera, en espacios como el de la localidad San Cristóbal, las distintas prácticas de re-aprovechamiento que existen pueden entenderse en algunos casos como una estrategia económica orientada a maximizar el beneficio a partir de los recursos disponibles. “Así no más me tiene que aguantar, porque hasta que pueda comprarme unos nuevos...” Me dijo Miguel después de reparar el ventilador de mi cuarto.

Por otro lado, las prácticas de re-aprovechamiento en tanto que reflejos de condiciones sociales, pueden estar asociados también a nociones de estatus y prestigio. Conversando con un joven mototaxista llamado José (conocido como “nero”) sobre su vehículo, me comentó que su padre hace un año dió de baja a su mototaxi después de un accidente y antes de que se deshiciera de lo que quedó, le ofreció a su hijo algunas de las partes que no se vieron afectados por el impacto. Miguel, que a su corta edad refleja mucha madurez y ambición, se negó “No podía aceptarlo, tu moto dice mucho de ti, no? qué diría si yo le pongo partes de segunda, no? diría mal... le dije no gracias, papito”. Luego enfatizó en que gracias a su trabajo honesto no tiene que estar usando partes de segunda, sino que todo lo que le instala a su moto es “nuevecito” y traído desde Iquitos.

El caso de Miguel nos manifiesta que en algunas situaciones, re-aprovechar lo degradado puede ser percibido como degradante, específicamente cuando uno se encuentra dedicando esfuerzos conscientes para construir una imagen que rechaza o estigmatiza la pobreza. La proyección de éxito que Miguel busca performar a través de lo que “dice” su moto es lo que lo constriñe a cuidadosamente diseñar cada una de los “enunciados” que este objeto gesticula. El caso de Miguel es uno aislado, de manera general el espacio social que se desenvuelve en la localidad de San Cristóbal no parece ser el que condenaría y humillaría el re-aprovechamiento de objetos

desechados, sino que más bien está acostumbrada a verla en el día a día; sin embargo, casos como el de la refrigeradora, estoy seguro salen un poco de lo rutinario.

Este caso es un peculiar y anecdótico ejemplo de lo que Appadurai (1986) denomina como desviación: la vida social del objeto no es una línea recta trazada, sino una que se va trazando con las prácticas sociales y que siempre permite nuevas rutas. En este caso, la “ruta” del refrigerador, mantener los alimentos frescos por el mayor tiempo posible, es dejado de lado y se apertura una nueva, una desviación que la transforma en un navío para estos jóvenes buscando divertirse en el río corrientes. Dentro de estos casos tenemos el re-uso de baldes de pintura y aceites como envases para agua, frutas, masato o de plantas, así como el re-uso de botellas de plástico para el almacenaje y venta de gasolina. De los tres tipos de re-aprovechamiento reconocido por el PLANRES 2016-2024, el reciclaje, la recuperación y la re-utilización, ninguno expresa con mayor libertad la creatividad de las personas que lo que aquí denominamos como re-uso, proceso que consiste en reaprovechar un objeto desechado o por desechar adscribiéndole una nueva función o propósito.

Retomando los postulados de Mary Douglas:

"Concediendo que el desorden destruye la configuración simbólica, hay que reconocer que igualmente ofrece los materiales de ésta. El orden implica la restricción; entre todos los materiales posibles, se ha hecho una limitada selección y de todas las relaciones posibles se ha usado una serie limitada. Así que siendo el desorden, por deducción ilimitado, en él no se puede realizar una configuración simbólica, pero su potencial de configuración es indefinido. Tal es la razón por la cual, aunque pretendemos crear el orden, no condenamos sencillamente el desorden. Reconocemos que es destructor con respecto a las configuraciones simbólicas existentes; igualmente reconocemos su potencialidad. Simboliza a la vez el peligro y el poder." (1973: 129)

La basura, en tanto que sucio e impuro, está posicionado fuera del ordenamiento social de las cosas, en el infinito espacio de lo no-ordenado y des-ordenado. Esto configura lo que Douglas denomina como peligrosidad, sin embargo, configura también potencialidad. Lo no-ordenado sería la infinitud de elementos de la que tomamos los materiales para construir orden, por lo que el desorden es una amenaza transgresora, pero al mismo tiempo, un punto de partida para toda

creación. Es precisamente su cualidad de impuro y des-ordenado lo que le da a la basura, su infinita posibilidad de reuso.

A esta plasticidad de la basura que permite a las persona reaprovechar un objeto para nuevos diversos propósitos, Scanlan (2005) le llama *formlessness*. Este concepto no se refiere a una característica polimórfica del objeto-basura sino del concepto-basura que, para poder ser cualquier cosa, debe ser ninguna a la vez: poder tener cualquier forma, implica no tener forma. En este sentido, cuando el señor Miguel recoge en el camino un pequeño tronco evidentemente descartado en la calle está frente a una materialidad “sin forma” conceptual. Sus cualidades físicas están fijadas, pero las posibilidades de su re-aprovechamiento son infinitos y dentro de ese universo de posibilidades, Miguel decidió recogerlo, llevarlo al hospedaje, barnizarlo y utilizarlo como banca. En este proceso, el tronco de madera probablemente pasó de ser un objeto con forma para el que decidió cortarlo del árbol, este por algún motivo lo descarta, se le despoja de forma y es arrojado a la calle, donde finalmente Miguel rescata y le da una forma de acuerdo a sus necesidades. Así, el re-aprovechamiento en un nivel conceptual, consistiría en el moldeado del propósito de los objetos para darles una forma; esto podría ser restaurar su forma original (propósito prescrito) o podría bien implicar darle nuevas formas (propósitos adscritos inéditos).

No obstante es importante resaltar la materialidad de algunos de los objetos re-aprovechados, ya que difícilmente podremos re-aprovechar desperdicios orgánicos de la misma manera que podemos re-aprovechar otros objetos como ropa, libros, juguetes, electrodomésticos, etc. Sin embargo, cuando en Villa Trompeteros o San Cristóbal alguien arroja los restos de su comida al piso y un perro o gallina atraído por el hambre acude a ingerirla, este está realizando una re-utilización de los residuos humano. En este punto es imposible no pensar en la propuesta de Reno (2014) de una Etnografía *cross-species* para desafiar la perspectiva antropocéntrica en la interpretación de los desechos y la relación hombre-naturaleza que minimiza la influencia de actores y fuerzas no-humanas. Mientras que muchos objetos son desechado y re-aprovechados por un actor humano, la situación puede ser distinta al asomarse al campo de los residuos orgánicos. El modelo de re-aprovechamiento para los restos de comida involucra a intencionalidades humanas y no-humanas, desde los perros y gallinas deambulantes, hasta los peces del río, gallinazos, lagartijas e insectos. El caso de los residuos orgánicos nos invita a

repensar el fenómeno del re-aprovechamiento de desechos mucho más amplia, reconociendo la interacción con humana no solo con su entorno, sino con otras formas de vida.

## MI RELACIÓN CON LA BASURA: PERCEPCIONES QUE APROXIMAN, NORMALIZAN Y DISTANCIAN.

El presente trabajo, al consistir en un esfuerzo por dar con las percepciones alrededor de la basura, se introdujo en el campo significado y los sentidos. A través de la observación de las prácticas de generación, manipulación, disposición y re-aprovechamiento de residuos sólidos; así como también la información recogida a través de entrevistas semi-estructuradas y conversaciones casuales; se pudo explorar la relación discursiva entre percepciones de basura y prácticas hacia ella. Para entender la situación de la basura en la localidad de San Cristóbal y en cualquier lado, es importante entender que detrás de las prácticas alrededor de la basura existe una constante relación semántico-práctico entre percepciones, valoraciones y significados de lo que entendemos por basura y la forma en que interactúo con ella.

Las actitudes observadas y los testimonios recogidos son diversos. Al hacer preguntas sobre la basura en la orilla de Villa Trompeteros, una mujer me dijo “Ay no, qué vergüenza” mientras desviaba la mirada y soltaba una risa nerviosa. Existe en el sentido común una punición a evitar y rechazar nuestros desperdicios, un *social avoidance of waste* (Coverly, O’Malley y Patterson; 2008). Este reflejo colectivo es el que no solo nos condiciona a alejarnos de la basura cuando se topa en nuestro camino, sino también a evitarlo, de ser posible, en nuestras conversaciones o fantasías. No solo no queremos verla, no queremos pensarla (Mcknights-Yeates, 2009).

Al conversar con una señora sobre las travesuras de los perros del mercado me dijo “... lo peor es cuando lo rompen (la bolsa de basura) y lo dejan todo por todos lados... por eso cuando vemos al perro mordiendo por ahí, ahí (en ese momento) lo botamos.” La narración de la señora refleja nuevamente la importancia del orden (Douglas, 1973): La basura, en tanto sucia e impura, transgrede el orden de las cosas, por lo que se le contiene y se le dispone de una manera pautada y en un lugar pautado: la bolsa de basura al lado de la pista. Hasta este punto, la peligrosidad de la basura ha sido contenida, la amenaza anulada y la suciedad puesta en su lugar, puesta en

orden. Esta disposición, al igual que muchas, no solo consiste en asignar un contenedor apropiado a lo que desecho, sino también en señalar una distancia pautada. La basura no solo es puesta en una bolsa, sino que es desplazada hasta un punto designado como “su lugar” en el que su amenaza no pierde fuerza.

De esta manera, vemos que parte importante de la disposición de la basura es precisamente eso, el distanciarnos de ella; por lo que travesuras como las de los perros son reprochadas por dos razones: quebrantar una noción de orden de las cosas, y reducir la distancia entre nosotros y nuestros desperdicios. Cuando la basura, una vez puesta orden, atrae al perro que por travieso o hambriento rompe la bolsa y dispersa la basura en los alrededores, no sólo se está des-ordenando, sino que además al dispersar la basura rompo con el esfuerzo de distanciamiento e incluso genero la posibilidad que aquello de lo que quise distanciarme regrese a mí.

Detrás de este esfuerzo por alejarme de mi basura, tenemos una *percepción distanciante* producida por valoraciones negativas de nuestros desperdicios y que nos prescribe a establecer una distancia prudente y pautada de lo que se desecha. Estas valoraciones están fuertemente relacionadas al *thing-power* de la basura (Bennett, 2010) que constantemente genera en nosotros sentimientos de asco y repulsión. La basura en tanto que impura está muchas veces asociado a suciedad, putrefacción, contaminación; por lo que al estar en contacto con ella a muchos puede provocarle náuseas, arcadas, repugnancia y todo sinónimo de desagrado. Por esta razón, en la comunidad San Cristóbal, un padre le reclama a su hijo al verlo recoger un resto de pollo del piso “No agarres eso! tú quieres enfermarte no?! Ya está en el piso, está sucio... bóvalo”, o cuando alguien saca la basura, la carga alejandola del rostro y el cuerpo, con un gesto de desagrado a veces, e inmediatamente se lava las manos después de hacerlo, o por lo menos eso se espera.

Las pautas de higiene alrededor de la manipulación de lo que desechamos son bastante comunes y se refieren directamente a las nociones de suciedad y contaminación impresas en los residuos. Estos valores se desenvuelven en el campo semántico detrás de la materialidad del objeto, y son muchas veces un correlato a características físicas del objeto como su olor o composición. Sin embargo, aunque el asco puede ser una respuesta “natural” que busca proteger nuestro cuerpo de elementos contaminantes, existe cierto rango de socialización detrás que designa hacia qué

objetos dirigir mi asco o qué proximidades pueden ser asquerosas. Mientras que de pequeño, si llevaba un insecto a jugar con mis amigos, más de uno probablemente se hubiera exaltado en asco; los niños en San Cristóbal no tenían ningún reparo en recoger insectos y traérmelos para que los viera.

Todas estas nociones que describen a la basura como fuente de enfermedad, que pautan su interacción con restricciones de higiene, que evocan sentimientos de asco y repulsión, configuran lo que acá denominamos como percepción distanciante cuya mayor tragedia no sería otra cosa que el retorno de lo desechado:

"There is no 'away'... In natural ecosystems, in particular, you can move something from one place to another, you can transform it into something else, but you can't get rid of it. As long as it is on the Earth, it is part of the global ecosystem. The industrial poisons, pollutants, insecticides, and radioactive material that we've tried to "throw away" in the past have all too often come back to haunt us because people didn't understand this rule" (Kauffman, 1980: 38)

El fragmento de la obra de Draper Kauffman ilustra muy bien la fragilidad de un orden construido en base a una percepción distanciante de la basura. Sin embargo, el asco y la repulsión no es lo único que nos hace distanciarnos de lo que desechamos. La persona que dejó abandonada la refrigeradora, no era acosado por el asco y la repulsión por conservar una refrigeradora malograda. Cuando Miguel, toma una bolsa de cebollas y las arroja al tacho por su mal aspecto y olor, no está siguiendo el mismo principio de una persona que arroja su refrigerador porque dejó de funcionar. En este caso, la motivación a distanciarse del objeto viene de otras valoraciones; no se trata aquí de algo sucio o cochino, sino de algo sin utilidad. Al conversar con Wylmer (más conocido como “Pequeño”) sobre la refrigeradora, me dijo “Si no sirve, estorba”. Mientras que muchos objetos son alejados de nosotros por su deterioro o degradación, existen objetos que serán descartados por que pierden su utilidad, su propósito, y son desterrados sin la evocación de sentimientos de asco o repulsión.

De esta manera, las personas construyen una percepción distanciante de sus desechos articulando valores de suciedad, contaminación e inutilidad atribuidos a la basura. Esta significación de la

basura genera la necesidad de alejarse de lo que se descarta o, por lo menos, pautar claramente las distancias y proximidades. Sin embargo, en una realidad en la que nuestras playas y ríos como el Corrientes nos regresan los plásticos que creemos desechados, cabe hacerse la pregunta ¿Podemos realmente alejarnos de nuestros desechos? Probablemente no. "Más reveladores aún son los puertos, ríos y lagos donde los desechos urbanos han venido utilizándose desde generaciones con la intención de apartarlos de la vista. Pero los residuos (...) arrojados por el mar a las playas demuestran la futilidad de tratar de esconder nuestros residuos" (Lynch y Southworth, 2005: 133)

Aunque de alguna manera u otra, todos tenemos interiorizada alguna percepción distanciante de la basura, no es la única manera de percibir nuestros desechos. Cuando Miguel, caminando de regreso al hospedaje se encontró un tronco descartado, no se alejó; o cuando esos muchachos se toparon con una refrigeradora flotando en la inundación, no se alarmaron; no se distanciaron de estos objetos desechados, todo lo contrario, se acercaron, los inspeccionaron y les dieron una nueva vida. La forma en que estas personas percibieron estos objetos no les prescribió alejarse de dichos ellos, sino acercarse. Esta es una *percepción aproximante* y es aquella generada por valoraciones positivas de nuestros desperdicios y nos invita a aproximarnos a lo que ha sido o será descartado.

Esta percepción en lugar de producir distancias y cautelas, genera proximidades y reaprovechamientos. Todas esas prácticas de recuperación, re-utilización y re-uso son expresiones claras de una percepción aproximante hacia lo desechado. Desde algo tan cotidiano como re-usar baldes de pintura viejos, o re-utilizar la ropa heredada de tu hermano mayor, hasta eventos más anecdóticos como re-usar un tronco o una refrigeradora; existen muchos objetos cuya materialidad permite una re-inserción al campo del valor.

Sin embargo ¿Por qué Miguel recogió el tronco y no alguien que pudo haber pasado minutos antes? ¿Hubiera yo recogido el tronco de haber pasado por ahí? Tomando nuevamente el *formlessness* descrito por Scanlan, podría ser que el objeto desechado no yace en el suelo sin forma (formless) ante los ojos de todos esperando a aquella intencionalidad que le dé forma. Miguel, al toparse con el tronco, no vió basura, no vió algo sin forma ansioso por recibir una

forma; no, Miguel vió el tronco y no vió algo descartado, él vió una banca. De la misma manera que la basura solo existe ante los ojos de un espectador que la vea como basura (Douglas, 1973) (Strasser, 1999), el objeto re-aprovechado solo existe ante una mirada que ve una nueva vida material para él.

En un ejemplo similar, cuando llegué a Villa Trompeteros por primera vez, me llamaron mucho la atención las refrigeradoras y congeladoras abandonados en los alrededores del mercado. Al preguntar por ellas, nadie realmente sabía qué responderme y era evidente que a nadie más le llamaba la atención como a mí. Pasaron las semanas y terminando mi última semana en la capital distrital, noté que algunas de los congeladores no estaban. Todos los días pasaba frente de ellas, todo los días las veía, pero no podía identificar qué día dejaron de estar ahí, simplemente un día noté que ya no estaban. Le pregunté a Miguel, a Wylmer, a Coco, y a otras personas; a lo que respondían “¿Qué? ¿no están ahí? el río se las debe haber llevado.” pero el nivel del río no había llegado a todas las congeladoras. Me di cuenta que ellos al igual que yo sabían de la presencia de las refrigeradoras y congeladoras, y al igual que yo no se habían percatado que algunas ya no estaban hasta que yo se los señalé. ¿Por qué si veíamos todos los días estos objetos descartados no vimos que no estaban? ¿En qué momento dejaron de estar ahí? ¿En qué momento dejamos de verlas?

Cuando le hice esta pregunta a una señora en su puesto de comida, me dijo “Es que uno viene acá a trabajar, a hacer lo suyo, no ha estar mirando a los costados” La señora se dedicaba de 7am a 1pm aproximadamente a servir desayunos y almuerzos a quien lo demande, por lo que el foco de su atención estaba en su puesto y en los transeúntes del mercado; el resto de cosas reciben menos atención conforme se alejen de este foco. “Sé que el mercado está ahí, que atrás (de mi puesto) están los juegos, la canchita, todo, pero no estoy mire que mire”.

Cuando tomamos una fotografía y clavamos la mirada sin parpadear en un punto fijo, todo alrededor se empieza a ensombrecer; sin embargo, no olvidamos la totalidad de la fotografía, se mantiene una representación de esta en mente. Lo mismo ocurrió con los refrigeradores y congeladores, las personas al atravesar el mercado y sus alrededores en su día a día, están focalizados en algo: en llegar a algún lado, en comprar cierto artículo, vender cierta mercancía,

comprar su pasaje para la lancha, o, como yo, entrevistar a alguien. Al recorrer el espacio de manera rutinaria, mantenemos representaciones más o menos fijas de los lugares, pero ya no los miramos. Los refrigeradores y congeladores se habían vuelto parte del paisaje, pasaron a ser parte de la fotografía y simplemente dejamos de notarlos, dejamos de verlos, hasta que hubo que actualizar la foto.

El caso de estos objetos que dejamos de ver nos introducen a la *percepción normalizante*, aquella que normaliza nuestros desperdicios y nos anestesia a su presencia. La normalización, a diferencia del distanciamiento y la aproximación es un proceso un poco más lento. La narración de la señora del mercado es probablemente igual que la mía y la de otros; uno al construir una rutina, deja de ver ciertos detalles, mantiene los ojos en el objetivo y lo demás se pierde de vista. Un objeto arrojado en un paisaje (Ingold, 2011), por más inusual que sea en el lugar, después de cierto periodo de tiempo, se vuelve parte del paisaje, sobre todo para el ojo del transeúnte rutinario.

No obstante, la percepción normalizante no solo funde objetos en el paisaje, también produce paisajes. A diferencia de las refrigeradoras y congeladoras, los desechos arrojados en la orilla de Villa Trompeteros no son elementos inusuales en el panorama, todos y cada uno de los elementos arrojados a la orilla no solo se encuentran depositados en el paisaje de la orilla, sino que producen el paisaje de la orilla. El *thing-power* (Benneth, 2010) de un objeto desechado como un pañal sucio en medio de un espacio cuidado como la plaza de Villa Trompeteros o frente al colegio de San Cristóbal, generará en las personas indignación; pero ¿Qué sucede si ese pañal es colocado en la orilla de Villa Trompeteros? Difícilmente generaría alguna respuesta. Un elemento desechado aislado en un espacio cuidado genera repulsión, pero el mismo elemento desechado en un espacio descuidado no genera la misma respuesta. Esto porque un paisaje que se percibe como cuidado castiga y condena aquello que transgrede el orden de las cosas, mientras que un paisaje percibido como descuidado normaliza la presencia de objetos transgresores, en parte porque no se siente que haya un orden que transgredir.

Juntas, estas tres maneras de percibir lo que hemos desechado, determinan e influyen el cuerpo de prácticas alrededor de la manipulación de basura en la localidad San Cristóbal. Ya sea para

distanciarnos, aproximarnos o normalizar nuestros residuos, las percepciones juegan un importante rol en la configuración de la situación o panorama de los residuos sólidos. Si realmente queremos entender la problemática de los residuos sólidos en un lugar, es importante no solo estudiar la caracterización de la basura, sino también las prácticas en las que las personas interactúan con ella y las percepciones que se desenvuelven detrás de estas.

## REFLEXIÓN FINAL Y CONCLUSIONES

Después de un recorrido por las prácticas y percepciones alrededor de lo que desechamos, podemos empezar a formular algunas respuestas para las preguntas que orientaron este artículo. ¿De qué manera percibimos nuestros residuos? ¿Como determinan la manera en que nos relacionamos con ellos? y ¿Cuál es su rol en la situación de la basura en la localidad San Cristóbal?

Para responder la primera pregunta es necesario posicionarse en el nivel de los sentidos y los significados. Desde esta podemos observar como distintas valoraciones hacia aquello que ha sido desechado articulan distintas miradas que determinan diferentes formas de percibir lo descartado. En las dos comunidades de la localidad de Trompeteros se logró identificar tres tipos de percepciones, una distanciante, otra aproximante y otra normalizante. La primera es producida por una valoración negativa hacia aquello desechado y nos exhorta a tomar una distancia prudente y pautada de la basura. Estas valoraciones suelen asociar frecuentemente lo descartado con nociones de suciedad, putrefacción, contaminación, degradación, etc; así como también a ideas de inutilidad. Por su lado, la segunda es generada por una valoración positiva de nuestros residuos y nos anima a entrar en proximidad con lo que ha sido o será desechado. Estos valores están asociados a nociones de utilidad y, en algunos casos, de necesidad. Por último, y a diferencia de las otras dos, la tercera no es generada por una valoración de la basura, sino más bien por el adormecimiento o insensibilización de la persona hacia los estímulos de la misma, ensombreciendo previos valores que se le hayan dado y normalizando su presencia. Estas categorías nos permiten entender que la basura no como un objeto en sí, sino uno relativo que se ajusta a la mirada de un espectador (Douglas, 1973) (Strasser, 1999) haciendo del objeto desechado.

Estas percepciones, sin embargo, no solamente se desenvuelven en el campo de los significados desconectados de la vida práctica de las personas sino que tienen una compaginación con las distintas prácticas que relacionan a las personas con sus desechos. Aquí nos adentramos a una respuesta para la segunda pregunta ¿Cómo estas percepciones determinan la manera en que nos relacionamos con lo descartado? La interacción de las personas con la basura, suya o de otros, no es simplemente un contacto físico, es una relación práctica que presenta mecanismos sociales de significación y valoración polimórficos. Esta relación práctica consiste en la interacción entre las personas y lo desechado en la disposición de dichos objetos, en su manipulación y en su re-aprovechamiento. Este universo semántico-práctico es el que articula las percepciones con las prácticas que implican la manipulación de la basura como su disposición y su re-aprovechamientos.

De esta manera, las percepciones distanciantes, aproximantes y normalizantes no solo construyen el objeto-desecho en distintas formas y direcciones, sino que al hacerlo producen un cuerpo de prácticas hacia el objeto, un universo relacional que, dependiendo del caso, consistirán en esfuerzos por apartarnos de lo que desechamos, re-aprovecharlo o invisibilizarlo. Cada uno de estos esfuerzos dialogan con distintos niveles de la producción social de las cosas. Por un lado, las percepciones distanciantes y normalizantes no solo generan prácticas, sino que tienen un fuerte correlato espacial en la producción de escenarios, ya que, sea por su capacidad de contener sus amenazas, la distancia que establece entre mis desechos y yo, o porque simplemente la normaliza, juntas construyen espacios sucios, producen los lugares para la basura.

No queremos la negar la participación activa de una percepción aproximante en la producción del espacio, sin embargo, no ha sido el caso explorado en la localidad San Cristóbal. Por su parte, esta percepción se relacionó más estrechamente a nociones de estatus y prestigio, así como también a condiciones sociales como la pobreza. Con esto no argumentamos que el re-aprovechamiento de objetos desechados es un síntoma exclusivo de condiciones económicas precarias; estas prácticas son antes que todo, señales de la creatividad y la agencia humana; sin embargo, estas podrían proliferar en situaciones en las que desechar un objeto, podría no ser una opción.

Es importante señalar que estos tres grupos de percepciones-prácticas tienen cada uno implicancias específicas en la situación de la basura en la localidad San Cristóbal. Nos introducimos aquí a la última pregunta ¿Cuál es el rol de las percepciones en la situación de la basura de la localidad San Cristóbal? En el caso presentado, hemos explorado las percepciones agrupadas en tres categorías: distanciantes, aproximantes y normalizantes. Estas tipologías coexisten en el día a día de las personas e incluso dentro de la misma persona uno puede desplegar una u otra dependiendo del objeto o espacio percibido. Sin embargo, aunque coexisten, no se trata de una convivencia equilibrada; dependiendo de la materialidad del objeto-desecho, el espacio en que es depositado, las necesidades de la persona, así como los valores y significados que pueda imprimirle al primero, aflorará una percepción por encima de las otras que determinará la manipulación del mismo: apartarlo, re-aprovecharlo o ignorarlo.

La victoria de una por encima de las otras tiene siempre diferentes resultados: apartar el objeto de mí y ponerlo en su lugar, recogerlo y darle un nuevo uso, o sencillamente desatenderlo. El primero podría bien contribuir a un adecuado manejo y gestión de los residuos sólidos en la localidad; el segundo sería un gran aporte a la minimización de la generación de residuos sólidos contribuyendo también a un adecuado manejo de los residuos sólidos, y el tercero, por el contrario, dificultaría el surgimiento de una conciencia de la basura como problema poniendo trabas a cualquier esfuerzo por una gestión integral de los residuos sólidos. Lo peor de todo es que muchas veces el tercero se retroalimenta con el primero produciendo una licencia social para los espacios sucios: Si la basura es normalizada en la orilla, la orilla se cristaliza como el lugar para la basura.

De esta manera, las personas en la localidad Villa Trompeteros tienen distintas percepciones de lo desechado: distanciantes, aproximantes y normalizantes. Estas configuran distintas prácticas de manipulación de residuos que a su vez determinan la disposición de la basura, su re-aprovechamiento, así como también la producción de espacios sucios y no-sucios y el reflejo de creatividad humana y condiciones sociales. Esta relación semántico-práctica entre lo que la gente percibe y lo que la gente hace con la basura tienen un importante rol en el panorama de la basura de la localidad, ya que cada una de estas prácticas con significados son un trazo en el paisaje de

la situación de nuestros desechos. Si queremos entender el cuadro, debemos analizar las pinceladas que le dieron vida.

De manera general y a modo de cierre, es importante mencionar algunos temas que no se han abordado en el artículo y que pueden orientar nuevos trabajos alrededor de la basura. Se ha mantenido sin problematizar a profundidad la definición de basura ¿Hablar de basura en contextos indígenas amazónicos podría ser una imposición terminológico occidental? La mayoría de autores citados son de una larga tradición teórica occidental, incluso sus textos son citados en inglés, así que de alguna manera, podemos reconocer la influencia del pensamiento occidental en muchos de los conceptos usados. Conciliar este problema con la propuesta de investigación me ha resultado bastante difícil; sin embargo, creo que es una pregunta que demanda una reflexión auto-crítica que no podría más que acercarnos más a una nueva conceptualización de lo que acá denominamos basura o desecho. Esta y otras preguntas aún se mantienen sin contestar; el debate está abierto y aguarda por investigadores que quieran tenerlo.

#### BIBLIOGRAFÍA:

1. Appadurai A. (1986). *The Social Life of Things*. Cambridge University Press, Cambridge, UK.
2. Bennett, Jane .(2010). *Vibrant Matter: A Political Ecology of Things*. Durham and London: Duke University Press

3. Coverly, E.; McDonagh, P.; O'Malley, L.; Patterson, M. (2008). Hidden Mountain: The Social Avoidance of Waste. *Journal of Macromarketing*, 28(3). pp. 289-303.
4. Douglas, M. (1973). *Pureza y peligro: un análisis de los conceptos de contaminación y tabú*. Madrid: Siglo Veintiuno de España Editores.
5. Durand, M. (2015). *Residos y desagües: geografía limeña*. Lima: IFEA; IRD.
6. Drackner, M. (2005). What is waste to whom? An anthropological perspective on garbage. *Waste Management & Research*, 23: 175-181.
7. Fallin, L. (2010). *A neighbourhood of rubbish: The social geography of waste* (Graduate). Dissertation thesis, University of Hull.
8. Fridman, F. (2001). Ventanas rotas: La policía y la seguridad en los barrios. Delito y Sociedad. *Revista de Ciencias Sociales*, 15-16. Pp. 67-79.
9. Hallu, R. (2012). La basura como problema, como síntoma y como oportunidad. *Encrucijadas*, 54. Buenos Aires, Argentina. UBA.
10. Ingold, T. (2011). *Being alive: essays on movement, knowledge and description*. London: Routledge.
11. Kauffman, D. (1980). *Systems one: An introduction to systems thinking*. Minneapolis, MN: Future Systems Inc.
12. Kantaris, G. (2016). Waste Not, Want Not: Garbage and the Philosopher of the Dump (Waste Land and Estamira). In: C. Lindner and M. Meissner, ed., *Global Garbage: Urban Imaginaries of Waste, Excess and Abandonment*. London: Routledge, pp. 52-67.
13. Kennedy, G. (2007). *An Ontology of Trash: The Disposable and its Problematic Nature*. Albany: State University of New York Press.
14. Keskpaik, R. (2001). *Towards a Semiotic Definition of Trash*. *Sign Systems Studies*, 29 (1). p. 313-324
15. Ley N° 1278. *Ley de Gestión Integral de Residuos Sólidos*, publicada en el Diario Oficial El Peruano el 21 de diciembre de 2017
16. Ley N° 27314. *Ley General de Residuos Sólidos*, publicada en el Diario Oficial El Peruano el 21 de julio de 2000
17. Lefebvre, Henri. (2013). *La producción del espacio*. España: Capitán Swing.
18. Luna, G. (2003). *Basurología: Factores involucrados en el manejo de la basura doméstica por parte del ciudadano* (Doctorado). Universidad de Barcelona.

19. Lynch, K., & Southworth, M. (1990). *Wasting away. An exploration of waste: what it is, how it happens, why we fear it, how to do it well*. San Francisco: Sierra Club Books.
20. Lynch, K.; Southworth, M. (2005). *Echar a perder: Un Análisis del Deterioro*. Barcelona: Editorial Gustavo Gili, SA.
21. Ministerio del Ambiente. (2016). *Plan Nacional de Gestión de Residuos Sólidos 2016 - 2024*. Lima.
22. Marx, K. (1975). *El capital: Crítica de la economía política*. Madrid: Siglo XXI de España Editores.
23. Mcknights-Yeates, L. (2009). *Out of sight, out of mind: What influences our perception of waste and activates intention to live more sustainably?*. Roads University. Tesis para obtener Master of Arts en Environmental Education and Communication
24. Ministerio del Ambiente. (2016). *Plan Nacional de Gestión de Residuos Sólidos 2016 - 2024*. Lima.
25. Onibokun, A. (1999). *Managing the Monster: Urban Waste and Governance in Africa*. Ottawa: International Development Research Centre.
26. Rathje, W., & Murphy, C. (1992). *Rubbish!: The archaeology of garbage* (1st ed.). New York: Harpercollins.
27. Reno, Joshua. (2014). Toward a New Theory of Waste: From 'Matter out of Place' to Signs of Life. *Theory, Culture & Society*: 31(6). pp. 3-27. DOI: 10.1177/0263276413500999
28. Scanlan, John. (2005). *On Garbage*. Reaktion Books. London, UK.
29. Soliz, M. F. (2015). Ecología política y geografía crítica de la basura en el Ecuador. *Letras Verdes. Revista Latinoamericana de Estudios Socioambientales*. N.º 17, pp. 4-28
30. Strasser, S. (1992). *Waste and Want: The Other Side of Consumption*. Providence/Oxford: Berg Publishers.
31. Strasser, S. (1999). *Waste and Want: A Social History of Trash*. New York: Metropolitan Books
32. Turner, V. (1969). *The Ritual Process. Structure and Anti-Structure*. Adline Publishing Co., Nueva York.
33. Wilson, J., Kelling, G. (1982). Broken Windows. The police and neighborhood safety. *The Atlantic Montly*: 249(3). pp. 29-38.

34. Zimring, C., & Rathje, W. (2012). *Encyclopedia of consumption and waste: the social science of garbage*. New Delhi: SAGE Publications India.